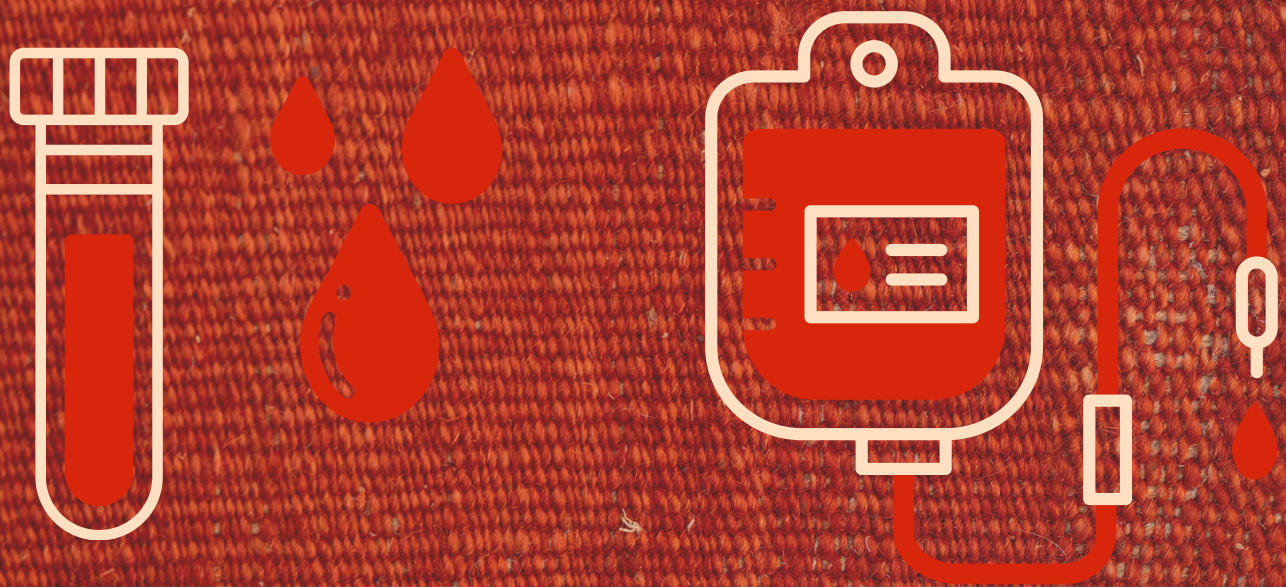


REGLAS DE COMPATIBILIDAD Y RIESGOS EN LA TRASFUSION SANGUINEA POR SISTEMA INMUNOLOGICO



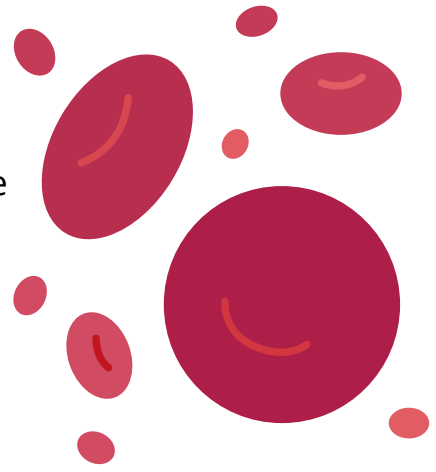
**CEDILLO OROZCO EVELYN ABIGAIL
ITURBE GONZALEZ EMMANUEL
PEREZ PARRA MARINA RIBE
RODRIGUEZ ALVAREZ LOURDES YARETZI
COMUNICACIÓN CIENTIFICA
GRUPO 3IV2**

**CENTRO DE ESUDIOS CIETIFICOS Y TECNOLOGIICOS N° 6 "MIGUEL OTHON DE
MENDIZABAL" IPN
Miércoles 26 de octubre del 20215**

La sangre, ese río, no silencioso que recorre cada rincón del cuerpo humano es mucho más que un simple fluido vital. En su corriente palpitan historias que jamás escuchamos, pero que sostienen cada uno de nuestros días: relatos de defensa, de cooperación, de memoria biológica y de instintos que se activan incluso antes de que la razón despierte.

Fluye con una determinación antigua, como si en cada recodo de las arterias recordara que su misión es mantener encendida la luz interior del ser humano.

Transporta oxígeno como quien lleva esperanza, recoge desechos como quien carga silenciosamente las sombras de nuestra vida cotidiana, y comunica órganos entre sí con un lenguaje que no conocemos pero que todos obedecen. En cada gota se esconde una arquitectura perfecta donde células, proteínas y señales químicas trabajan en conjunto para sostener la existencia sin exigir reconocimiento.



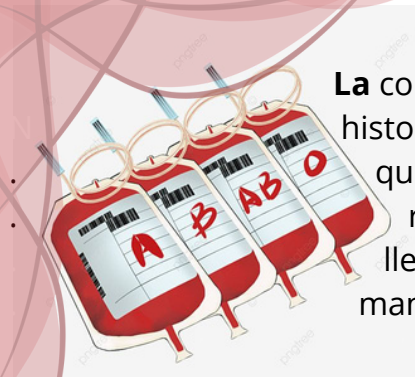
La sangre no solo circula: dialoga. Habla con tejidos cansados, responde al llamado de una herida, se apresura cuando el peligro acecha, se aquieta cuando la calma regresa. Y en ese ir y venir, crea un puente constante entre lo físico y lo simbólico, entre lo que somos y lo que podemos llegar a ser. Por eso, cuando pensamos en la sangre, no basta imaginar un líquido rojo; debemos verla como un río vivo, un mensajero incansable que nace del corazón y vuelve a él como un peregrino que completa un ciclo eterno.

Ese río rojo, compuesto por millones de células que viajan con propósito, también guarda una verdad más profunda: ninguna sangre es igual a otra. Cada persona lleva un cauce único, con características que lo hacen compatible con algunos ríos y ajeno a otros, como si cada flujo interno fuera una firma exclusiva inscrita en la superficie de los glóbulos rojos. Así, desde su misma esencia, la sangre refleja lo diverso y lo singular del ser humano. Y aun así, paradójicamente, también nos une.

Porque en ese movimiento constante, en esa circulación que sostiene la vida, la sangre se convierte en metáfora y en ciencia a la vez: un recordatorio de que dependemos del equilibrio, de la armonía y de la conexión correcta para sobrevivir. Un recordatorio de que cada latido cuenta una historia y que, a veces, esas historias pueden entrelazarse cuando un río decide compartir su cauce con otro.

La conexión emocional de dos personas unidas por un hilo rojo que se divide por una diferencia de compatibilidad y un rechazo del cuerpo hacia un tipo no correcto puede generar reacciones graves que transmiten en peligro en vez de esperanza. Por ello, él reconoce los caminos correctos de ese gran Río Rojo, nos ayuda a llegar a un camino milagroso y lleno de vida. Si éste se comparte siguiendo las reglas, puede extender la vida así, encontrando el momento exacto en donde dos ríos logran juntarse los humanos. Fuimos creados por diferentes hilos, algunos más positivos que otros que al compartirlos se forma uno de los actos más nobles de la medicina. En ese momento se forma una conexión donde, en ocasiones ambas partes no la tenían conectando más allá de lo emocional, donde latido del corazón une dos chispas de existencia, creando un equilibrio entre ciencia y naturaleza.





La compatibilidad sanguínea no es solo una tabla con letras y signos; es una historia humana. Detrás de cada tipo, de cada gota, hay una persona: alguien que ama, que teme, que espera. Cada uno lleva dentro un río que aprendió a reconocer lo propio para sobrevivir, y por eso no acepta cualquier agua que . llegue de pronto. No es rechazo por crueldad: es instinto, protección, la manera en que el cuerpo cuida la vida que sostiene.

Cada tipo de sangre es como una personalidad diferente.

Hay ríos que dan sin pedir demasiado, como los O, que parecen decir “aquí estoy si me necesitas”, ofreciendo lo mejor de sí sin poner condiciones. Otros, como los AB, son receptivos, abiertos, capaces de recibir casi cualquier corriente, como esas personas que escuchan, contienen y entienden sin juzgar.

El sistema inmunológico, ese guardián silencioso, actúa como un amigo leal: reconoce quién pertenece y quién no. Cuando una sangre incompatible intenta entrar, él se desespera, se alarma, se defiende... porque siente que algo extraño está invadiendo la casa que debe proteger. Y entonces el cuerpo responde con fuerza, como cualquiera que siente que lo quieren herir.

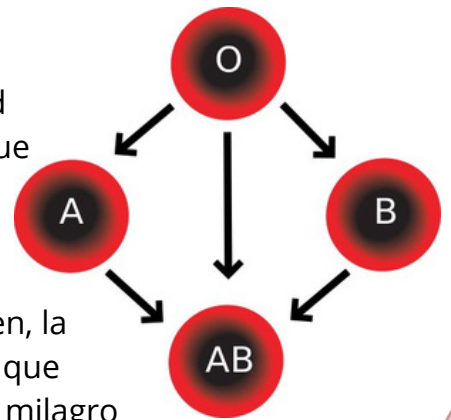
Pero cuando la sangre es compatible, ocurre algo que va más allá de lo biológico: el cuerpo confía.

Acepta esa ayuda externa como si fuera suya, como si comprendiera que en ese momento otra persona decidió compartir una parte de sí misma para que alguien más siga viviendo. Ese instante — tan simple para la medicina, tan gigantesco para la existencia humana— une a dos desconocidos en un acto de generosidad pura.

El factor Rh, aunque parezca un pequeño detalle, es como la sensibilidad emocional de cada río. Hay corrientes que pueden recibir más, y otras que requieren mayor cuidado, como esas personas que sienten más fuerte, que necesitan que el mundo entre con suavidad para no lastimarse.

Y cuando todo es correcto, cuando las reglas se siguen y los ríos coinciden, la transfusión no solo restaura un cuerpo: restaura posibilidades. Permite que alguien vuelva a reír, a abrazar, a llorar de alivio, a regresar a casa. Es un milagro que ocurre sin música, sin luces, sin aplausos; un milagro que late en silencio dentro del pecho de alguien que, sin saberlo, lleva ahora un pedacito de otra vida fluyendo por sus venas.

Es ahí donde la medicina se convierte en humanidad, donde la ciencia toca la emoción y donde el hilo rojo se vuelve un puente real entre dos personas que quizá jamás se conozcan, pero que ya están unidas para siempre.



La compatibilidad sanguínea no es solo un conjunto de normas clínicas, sino una danza antigua entre identidad y protección, entre apertura y cuidado. La sangre sabe quién es y qué necesita; sabe qué abrazar y qué temer, no por rechazo, sino por supervivencia. Cuando los ríos internos se encuentran correctamente, cuando cada tipo respeta sus propias leyes y las del otro, entonces la medicina logra un milagro silencioso: unir dos vidas sin que se hieran, permitir que un cuerpo se levante gracias al pulso de otro.

Compartir sangre es tender un hilo rojo que no se ve, un hilo que no ata, sino que sostiene. Es permitir que la chispa vital de una persona ilumine el camino de otra. Es recordar que, aun en la profundidad silenciosa de nuestras venas, estamos hechos para cuidarnos unos a otros. Porque cuando dos ríos se encuentran y fluyen en armonía, la vida no solo continúa: renace.



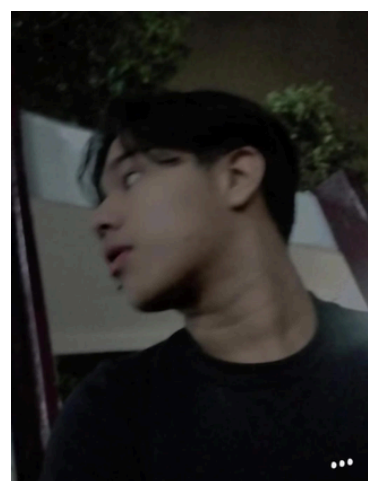
Mi nombre es Cedillo Orozco Evelyn Abigail, soy estudiante del Cecyt 6 en la carrera de Laboratorista Clínico y tengo 17 años. En el futuro me gustaría estudiar Medicina o Biología porque me interesa mucho el área de la salud. Me considero una persona responsable, con buena disposición para aprender y atención al detalle. Como pasatiempo, me gusta nadar, ya que me ayuda a mantenerme activa y enfocada.



Mi nombre es Pérez Parra Marina Ribe. Estudio en el CECyT 6, en la carrera de Laboratorista Clínico, y tengo 17 años. Me encanta todo lo relacionado con la medicina, y por eso busco un futuro ligado a ello. Soy alguien llena de cariño, por lo que trato de hacer todo con un sentimiento pleno y especial. Gracias a eso, busco muchas formas de expresarme, lo que convierte mis pasatiempos en un pequeño experimento de todo.



Mi nombre es Lourdes Yaretti Rodríguez Álvarez; estudio en la Vocacional 6 y me considero una persona dedicada, a la que le gusta aplicarse en sus estudios, asumir responsabilidades y realizar sus actividades de manera autónoma. Entre mis pasatiempos se encuentran la pintura, la escritura, la práctica de taekwondo y el gusto por correr, actividades que me permiten desarrollarme y expresarme plenamente.



Mi nombre es Iturbe Gonzalez Emmanuel y soy estudiante de la vocacional 6